

CAPÍTULO III.

LA GLORIA DE COLÓN.



pesar de que parece Colón la gloria más incontestable de los humanos anales, ha sido una de las más contestadas. Aquellos que las echan de innovadores en erudición, creen el mayor de los méritos asequibles á su oficio la disputa sobre lo indisputable. Así hay quien atribuye al primer islandés con quien topa en las tradiciones náuticas de la vieja Escandinavia el descubrimiento de Colón, y quien al acaso de un triste naufragio sucedido en aguas lusitanas, estando por aquellas sus islas Colón, y al relato de un pobre náufrago dicho á la oreja de nuestro marino, en el punto y hora de las revelaciones supremas, en el punto y hora en que moría como consecuencia del naufragio y de sus trances amarguísimos. Acontece con esto igual que acontece con ciertos filósofos de la Historia, conjurados en su racionalismo cuasi matemático para demostrar que no hay nada en las doctrinas del Redentor de original y propio. El Verbo de San Juan pertenece á los alejandrinos; el Dios uno á los semitas; la escena de Ana y Joaquín á los libros de Sansón; las abluciones del Bautista y sus discípulos al esenio del desierto; las estancias del *Magnificat* á los cánticos nacionales judíos; el Sermón de la Montaña y los apotegmas salvadores del

mundo á las fajas etéreas de materia filosófica difusa por el cielo de la conciencia humana, merced á platónicos, estoicos, neoalejandrinos, talmudistas, ebionitas, y no hay más que arrancar á Cristo su corona de abrojos, el trono de su cruz, el cáliz de sus amarguras, las llagas de sus costados, la muerte violenta en el ara de su Calvario, para menguarlo y reducirlo á la estatura mínima de cualquier profeta, muy santo, de una santidad vulgar en el desierto, donde sólo se pide aire para vivir, y muy copiador y muy plagiarlo, que iba repitiendo cuanto escuchaba, como ciertas aves de oído sumo, las cuales copian y repiten los gorjeos que á otras aves oyen. En España, donde los refranes más vulgarizados resplandecen por una superior filosofía; para consolar á quien se ve perseguido por la difamación ó la calumnia, exclaman: «De Dios dijeron.» Y como de Dios dijeron cosas malas, imposible á Colón salir exento de tales lacas impuestas por el hado á nuestras limitaciones y contingencias. Miles de concausas explican este juicio contradictorio sobre personalidad tan clara de suyo y tan ciertamente histórica. En primer lugar, á principios del siglo, y muy entrado ya éste, predominaba en las ciencias históricas el criterio crítico y se confundía la crítica, el juicio sereno y sano, con el vejamen y la censura, cual si en las categorías judiciales se confundieran el juez con el verdugo. En segundo lugar, hale tocado á nuestra generación una triste multiplicidad horrible de reacciones, á cual más extravagante de suyo é inoportuna. Los ultrarreaccionarios de nuestra Religión han hecho astillas de todos los palos y han habido menester de santos nuevos para renovar su viejo calendario. Y encontrando tan sólo algún que otro heroico mártir, destripado en el Japón por la misma intolerancia religiosa que predicaban ellos, santidad muy común en los almanaques, han bebido los vientos por un sabio dotado del don de los milagros y han abierto un informe para declarar la impecabilidad completa del genovés, elevado á la categoría de Purísima Concepción sin sombra de culpa original. Hay oficios que se pres-

tan á la santidad mucho, el oficio de cura ó fraile, por ejemplo; mas los hay que se prestan poco, el oficio de marino, para que no pierdan los demás. Gente honrada y buena la gente de mar, muy religiosa de suyo, porque no hay templo donde lo infinito se revele como en la inmensidad, celestial casi, de los espacios oceánicos, acostumbran á soltar un poco las riendas al amor, y mecerse á las olas de ciertas pasiones, disculpadas un tanto en las anchuras de manga, muy naturales á los laicos, pero terribles cuando se aspira nada menos que á una canonización, la cual trae aparejado consigo altar y ara, efigie y simulacro de madera multicolor, dosel con andas, el nimbo litúrgico en la cabeza, y entre los dones el reservado por completo á la santidad canónica y litúrgica, el don de los milagros. Para con viso de razón adquirir el título de santo á un piloto no escaso de aventuras en sus viajes y á quien las cordobesas y algún que otro hijo natural dieran hasta en la madurez de su vida y en el zenit de su gloria bastantes dolores de cabeza, exageraban los ultramontanos las virtudes honoríficas de Colón, y sus enemigos los racionalistas echábanlo por los suelos en críticas despiadadas, no tanto con ánimo de rebajarlo á él, como de mostrar á los devotos cuáles tragaderas tienen los piadosos cuando tratan de beneficiar una santidad provechosa por popular y milagrosa. De aquí á una constante apoteosis interesada seguía otra interesada denigración sistemática. Y resultaba del escandaloso litigio que Colón pecó en materias de amor y de dinero, que Colón fué codicioso y ambiciosísimo, que Colón gustó por modo extremo del oro y del amor. ¡Vaya por Dios! No miraran á esto siquiera, de haber notado lo que, por atavismo, por nacimiento, por vocación, por índole, por cultura, por toda su vida, fuera el inmortal piloto. ¿Qué fuera? Parece imposible cuánto suelen estudiarse, con qué detenimiento, ciertas vidas, y luego cómo suele á esos estudios esconderse la principal característica del objeto y del sujeto estudiados.

Colón era pura y simplemente un argonauta. Los griegos,

que lo supieran todo, y aquello que no lo sabían por sus escuelas y por sus ciencias, lo adivinaban por su genio, dejaron una simbólica del descubridor y de los descubridores en la célebre leyenda, cristalizada en viejas tradiciones religiosas, luego al teatro por los grandes trágicos traducida, y puesta hoy mismo en escena por nuestros actores contemporáneos, la leyenda de Medea y Jasón. La fábula del vellocino de oro por manera muy gráfica reproduce los tiempos á que podemos llamar tiempos descubridores en Grecia. Solicita la Naturaleza por su finalidad, cuando quiere cumplir una obra colosal atrae á ella los seres que necesita para su cumplimiento por medio de ilusiones y esperanzas. El navegante no podría desafiar las cóleras oceánicas, de seguro, sin un apetito tan bajo, pero tan espoleador, como el deseo de lucro. Desde las primeras edades hasta nuestra edad, el descubridor ha buscado un vellocino de oro siempre como premio á sus fatigas y como excitante al trabajo de sus compañeros, metidos por él en tan arriesgadas empresas y por él empeñados en tan horrorosos trabajos. El argonauta no es más ni menos que nuestro descubridor anticipado. La Colquide, sita en puesto tan vecino de Grecia como el mar Negro, recuerda nuestras Indias orientales y occidentales, á tanta costa buscadas é invenidas por los nuevos argonautas. El Rey de la misteriosa región se asemeja como á una gota de agua otra de suyo al gran Mogol, buscado por los navegantes nuestros y erigido como un grande y fijo norte de más ó menos ingeniosas esperanzas en todas las vías de los inesperados descubrimientos. Jasón anticipa en la Grecia fabulosa y prehistórica los marinos reales y verdaderos de nuestro Renacimiento. El vellocino de oro brillaba en edad tan incierta como en la edad cierta del siglo décimoquinto brillaban los palacios de plata, los templos de oro, las puertas incrustadas en zafiros, pertenecientes al Preste Juan de las Indias. El vellocino de oro evoca el riente lago de agua fresca extendido por las refracciones del sol en las arenas, á los ojos del peregrino y del cruzado,

á quien la sed abrasadora mata en las vías de Medina ó de Jerusalén. Si el hombre adivinase, antes de cualquier apetecido logro, los desengaños que le aguardan, renunciaría gustoso á la vida, y juntando cuna con sepulcro, apenas aparecido en la tierra, volveríase á ella de nuevo, prefiriendo el silencio y el vacío y el sueño de la Nada por completo al perdurable martirio de ser y de existir. El vellocino de oro, el viaje de Jasón, la magia de Medea, representan la prehistoria, digámoslo así, el poema épico de los descubrimientos; el dolor en la incertidumbre, las ansias por el deseado puerto, las ilusiones al partirse, los combates en el esfuerzo, los engaños al arribo y llegada. El navío llamado *Argos* lleva en germen lo que más ilustrara en el mundo á Grecia, su maravillosa colonización. Ulyses representa el explorador; Jasón representa mucho más: Jasón representa el descubridor. Su navío *Argos* es como la carabela indagadora y feliz que descubre con certeza y arriba con acierto al descubrimiento. Habíanse cortado las tablas del *Argos* en las vertientes del Pelión y los mástiles en las encinas de Dodona, por lo cual aquéllas destilaban mieles de poesía y éstos vibraban fórmulas de oráculos: audaces héroes y reflexivos sabios la tripulaban, los unos dioses como Cástor y Pólux, los otros semidioses como Hércules, los otros más que hombres como Teseo; iba en ella Esculapio, á quien la Medicina confiaba todos sus secretos; y Orfeo, á quien la religión abría todos sus misterios; y aquel su viaje pasó de los mares helénicos al mar Negro, á la desembocadura del Nilo y del Eufrates, al estrecho de Gades, inviniendo la feliz región de los macrobios, donde los hombres vivían siglos; la tierra de los cimerios envuelta en tinieblas eternas; el mar de hielo y el mar de fuego; los escollos de Scila y Caribdis; las islas de Circe y las Nereidas; hasta que por fin llegó á este jardín de nuestra España incomparable, á este jardín de las Hespérides, circunvalando así dos veces Europa, desde nuestros luminosos mares béticos hasta el mar tenebrosísimo escandinavo, para esbozar allá en las anticipacio-

nes y profecías propias del numen griego la nave que condujo los lusitanos á resucitar el viejo mundo histórico, la nave que condujo los españoles á descubrir el Nuevo Mundo renovador, la nave que llevó los lusitanos y los españoles á circunvalar el planeta para que concluyese el viejo cielo de cristal que parecía una máquina neumática; la nave que condujo los peregrinos con su Evangelio en la mano, para que rematasen tan grandiosa epopeya con esta sublime trilogía: democracia, libertad y República.

Para que las analogías no se acaben y las personificaciones aparezcan deslumbradoras en el mundo antiguo, descúbrese junto á Jasón Medea, nuevo símbolo también, el símbolo de las razas inventadas por los descubridores. Su amor, el amor al argonauta, representa el que los pueblos encerrados dentro de sí mismos sienten por aquellos que han tenido el arte y el valor necesarios, no sólo para encontrarlos, sino para dirigirlos en los primeros pasos de una civilización desconocida y nueva, superior á la suya original y nativa. Medea debe aparecer hechicera en representación de la Magia, fe natural á los pueblos primitivos. La veleidad de Jasón respecto de Medea, perdido por ella un día y al siguiente de ella olvidado, significa muy bien la inconsistencia y la inconstancia de todos cuantos viajan mucho, y al discurso del viaje tienen que cambiar mucho de naturales emociones por su comercio con las gentes, en cuyos cambios continuos toman mil varias fases y mil diferentes aspectos. Á su vez la magia, la seducción, las agorerías, las nigromancias de Medea recuerdan los halagos puestos por las gentes y por las tierras de arriba para retener á los arribados y uncirles así á sus altares como á sus palacios. La volubilidad de Jasón; sus facilidades en prometer, unidas á sus dificultades en cumplir; el arrojo con que á los mares se libra en requerimiento de un objeto codiciadísimo; las redes tendidas y los engaños hechos á una familia hospitalaria; la conquista y robo del áureo vellocino; las mil industrias arbitradas para deslumbrar á su poseedor; el

regreso á Grecia con Medea, ni bien esposa, ni bien cautiva; la mezcla de audacia y astucia en sus empresas; la tenacidad y el disimulo en sus propósitos; el abandono de quien le ha facilitado el apetecido logro cuando no la necesita ya; su resolución de fundar su familia con la gente propia y erigir su hogar en la tierra patria; el menosprecio á Medea, enfurecida por engañada; cuantas fases nos muestra el espíritu y la vida del argonauta, significan por modo maravilloso las naturales aventuras corridas por un descubridor en estos nuestros tiempos mismos y nos enseñan la indudable fatalidad que pesa tanto sobre la Naturaleza como sobre la Historia, reproduciéndose, á pesar de largas distancias en el tiempo y en el espacio, las mismas virtudes y los mismos defectos, en demostración de que permanece un fondo común en la Humanidad, y de que no podemos creernos ajenos á ninguna edad, ni á ninguna familia humanas, sino solidarios con todas desde sus desconocidos orígenes hasta el cumplimiento y realización de sus providenciales destinos. El desengaño padecido por Medea cuando se ve abandonada y enemiga de aquel Jasón, á quien recibiera con los brazos abiertos, representa y significa el tradicional desengaño que reciben todos los pueblos descubiertos y conquistados de sus nuevos señores, tomados por dioses en los primeros momentos, hasta que hallan al transcurso del tiempo en ellos varias condiciones inferiores á las suyas propias y se resisten y se vengan. La poesía helena representó tal particularísima leyenda con su maestría soberana indiscutible. No se mueren las tigres heridas, no rugen las leonas febriles, no graznan los cuervos hambrientos, no silban las serpientes airadas, no envenenan las víboras, no gritan los milanos y no tragan las hienas como los instintos feroces de Medea, ebria en el atroz delirio de su loca venganza. Medea es la alquimia delante de la química, la astrología delante de la astronomía, la cábala delante de la matemática, el augurio delante de la observación, el presagio delante del cálculo, el hechizo y el milagro delante del saber humano, la naturaleza bruta y la tribu fetichista y la fa-